

no conoce o cree que es un ayudante de la operación. El «Colegio Americano de Cirujanos» ha llevado a cabo una campaña pública contra estos dos vicios. Más dificultades tiene la fijación de los honorarios, que actualmente se complica con una tendencia hacia «honorarios standards». Es indudable que nada hay menos standardizable que el cuidado prestado por un médico. Todo ello se enlaza con los problemas que plantea la aplicación del seguro de enfermedad. Este es inevitable y produce benéficos frutos, a pesar de lo cual tiene dos ángulos de crítica: de un lado, el aumento de costo; de otro, la designación del médico, que no es elegido por el paciente. De otro lado están las cuestiones de las «curas radicales», como quitar el dolor de una enfermedad incurable destruyendo la parte del cerebro que ocasiona la percepción del dolor. A veces se prolonga la vida del paciente, pero destruyendo centros nerviosos que deja al enfermo llevar sólo una vida disminuída y miserable. Además, todo ello es muy caro. El médico se encuentra ante problemas éticos muy delicados. Junto a ello, otras cuestiones subordinadas.

Quedan, por último, los problemas respecto al futuro. Quizá el que entre ellos tenga más resonancia es el de la «medicina social», que no hay que confundir con la medicina socializada. La medicina social aspira a constituirse como una disciplina médica especial, que aspira a prevenir y no curar. «De acuerdo con la medicina social, el deber del médico es, no el individuo precisamente, sino la comunidad en su plenitud, el cuerpo social, como si dijéramos, y el médico debe estudiar no sólo patología individual, sino patología social, que está recogida en los anales estadísticos de muchas disciplinas». De este modo, la medicina se une con la psicología, antropología, sociología y estadística, en la más sugestiva y prometedora mezcla.—E. G. A.

WEBB (C. J.): *Science and Human Nature*, en «*Philosophy*», vol. XXX, número 112, enero 1955, págs. 3-6.

El autor del artículo sugiere que el estudio científico del hombre no puede ser indiferente a problemas que corrientemente pueden clasificarse como filo-

sóficos más bien que como, en el uso restringido de la palabra, científicos.

La absoluta diferencia entre *verdadero* y *falso* es un presupuesto de la existencia de la ciencia. Hay otra diferencia *absoluta* con la que estamos familiarizados, y de la que no puede decirse esto, pero que en ningún sentido de la relación de la Ciencia con la Naturaleza Humana puede ser ignorada. Es la diferencia entre *justo* e *injusto*.

Sobre este problema pueden decirse tres cosas:

1.^a El reconocimiento de la diferencia entre *justo* e *injusto* no es necesario para la investigación científica y sí, en cambio, la distinción entre *verdadero* y *falso*. No hay cosa inconcebible en una investigación científica por ser insensibles a las calificaciones morales.

2.^a A pesar de esto, los hombres de ciencia reconocen generalmente una absoluta obligación de veracidad al establecer los resultados de la investigación científica, aunque se contenten a menudo con dar una justificación «utilitaria» a su convicción.

3.^a «La ciencia de la conducta humana» es una ciencia genuina de la que pueden esperarse importantes resultados. Ahora bien, el estudio de lo que el hombre *hace* no puede enseñarnos lo que *debería* hacer.

Estas consideraciones filosóficas no permiten contentarse con una explicación de las relaciones entre la Ciencia y la Naturaleza Humana, que afirma que son explicables por la «ciencia».—SALUSTIANO DEL CAMPO URBANO.

GROSSO (Giuseppe): *Il valore de la Legalità*, en «*Nuova rivista di diritto commerciale, diritto dell'economia diritto sociale*», vol. 7.^o, fasc. 10-12, 1954, págs. 320-326.

El valor que atribuyamos a la legalidad encierra una problemática tan amplia y profunda que afecta a los propios fundamentos del derecho. No es, en términos generales, esta la cuestión que vamos a estudiar en este artículo, sino que vamos a plantear una serie de problemas que proceden de la experiencia en la grave situación de crisis por la que atravesamos. La humanidad está pagando hoy el pecado de orgullo de haber creído en la definitiva conquista de